

crítica al joven anheloso de ciencias, se suceden como eterna enfermedad; véseles pasar de generación en generación y arrastrarse de lugar en lugar: la razón se convierte en locura, la bondad en tormento. Eres hijo de tus

padres ¡desdichado! y del derecho que ha nacido contigo, nadie te hablará. Tenía razón el poeta: la humanidad no puede vivir solamente en la historia.

CAPITULO XII.

LA FILOSOFÍA DEL SENTIMIENTO.

Vano intento olvidar lo que ha sido el hombre; pero vano intento también impedir que las ideas nuevas se condensen rápidamente en grandes instituciones, y que la naturaleza recobre sus derechos. La filosofía crítica, la filosofía individualista, sin embargo, aislaba demasiado al hombre en su derecho personal. Una reacción de la naturaleza y de la sociedad contra este encastillamiento del hombre en sí, que era necesidad de aquel período histórico, pero no necesidad de todos los tiempos, pues tal carácter solo está reservado á la verdad en sí; una reacción de la naturaleza debía venir contra la ciencia egoteista. El representante de esta reacción se llamó Jacobi. Filósofo y con estilo de poeta; literato inspirado en abstracciones filosóficas; protestante de sentimiento y racionalista de vocación; pensador casi asceta por sus inclinaciones naturales y comerciante por su estado social; devoto de todos los misterios de la fe, y obligado á todas las temeridades de la especulación; republicano

por su cultura ginebrina, por su comercio con las ideas de Rousseau y consejero de aquellos duques feudales de la vieja Alemania, Jacobi, que debía verse solicitado por fuerzas tan opuestas, era el filósofo destinado á reivindicar la ciencia de la realidad, elevando el sentimiento á la categoría de criterio.

En su oposición á Fichte, á quien cree Mesías del idealismo de que el gran Kant solamente es Bautista á sus ojos, juicio no confirmado por la posteridad, proclama la fe purísima en la inmediata conciencia. Así la filosofía especulativa jamás sabrá nada de Dios, porque Dios es objeto de la fe, pero no objeto de la razón y de la ciencia. Toda filosofía tendrá que concentrarse en el pensamiento interno y reconocer el espíritu como sujeto y objeto á un tiempo de la ciencia. Pero sobre la filosofía está la verdad en sí, la verdad real, apartada de la ciencia interna, de la ciencia puramente especulativa. Nosotros no comprendemos, sino lo que creamos. Si todo

debe por la razón pura conocerse, todo en la razón pura existe. Las cosas no son comprensibles hasta que se trasforman en ideas y entran como ideas en la mente. El alma humana á sí misma no se comprende sino como mera noción. La filosofía trascendental ha demostrado la vanidad de la metafísica y ha prestado el servicio de volver la razón á la fé, y de levantar sobre las sombras formadas por las ideas puras los continentes firmes y seguros de la realidad.

Jacobi extremaba las ideas de Fichte y de Kant para combatir dos sistemas que, socialmente considerados, dieran altísima idea de su propia dignidad, á nuestra conciencia. Pero si combatía dos sistemas de tendencias liberales también combatía aquel espinosismo, en el cual se anegaban los individuos para ser meros atributos del sér único, primitivo, inmutable, que se revela en sus dos esenciales formas, la extensión y el pensamiento. Y al mismo tiempo combatía aquel sistema que Proudhon quiso más tarde justificar sutilmente en su tratado de la paz y de la guerra, aquel sistema de despotismo asolador, que consideraba á los hombres entregados por la necesidad á lucha perpétua como las fieras en los bosques, y necesitados para vivir en paz de la férrea mano del déspota.

Y después de haber combatido estos sistemas contrarios á la libertad humana, asienta principios políticos que pueden ser alma de toda verdadera democracia. Es verdad que el estado histórico en que divulgó estos principios, imbuyóle algunos errores. Era la segunda mitad del pasado siglo. Los reyes, ensoberbecidos, habían llegado á fundar su autoridad absoluta sobre las ruinas mismas de la Iglesia que los consagrara y los nutriera en su cuna. La trágica escena de la disolución de los Templarios se reproducía con la disolución de los jesuitas. Los monarcas aspiraban como los Césares antiguos á ser emperadores, generales, pontífices, á concentrar las fuer-

zas humanas y divinas en su orgullosa autoridad. El filósofo, apenado de este espectáculo, y presintiendo un despotismo que desarraigara hasta la libertad de la conciencia humana, se declara por los ultramontanos contra los regalistas, por los papas contra los reyes. Pero no tiene razón el filósofo en esta preferencia. La teocracia europea ha servido para iniciar la civilización moderna. La Iglesia fué la nodriza de nuestro espíritu. Mas aunque cumplió el destino transitorio de comenzar la educación de las sociedades modernas, debió desaparecer la Iglesia como autoridad política. El feudalismo militar será considerado como un progreso, como un adelanto verdadero sobre la teocracia. ¡Cuánto mas no lo serán las modernas monarquías civiles! La teocracia tiraniza la voluntad, el pensamiento, la conciencia, el Estado, el hogar y ni siquiera deja su tiranía en las puertas del sepulcro. Extraño es en verdad que no vean los hombres de mas alta inteligencia los resultados de las trasformaciones sociales. Los reyes filósofos del último siglo iban mal de su grado á ofrecer sus homenajes á la cuna de la libertad como los reyes magos del Evangelio á la cuna del Salvador.

Aparte de este error histórico, los principios de Jacobi, si bien tienen mas carácter moral que político, son principios esencialmente liberales y aun republicanos. El instinto encuentra medio de mantener en paz las sociedades de los animales, dice, ¡y no encontrará medio la razón de mantener en paz la sociedad de los hombres! Hay que aliar el orden con la libertad. No existe la sociedad sin orden, pero tampoco existe el hombre sin libertad. El mundo debe ser regido por la justicia impersonal é inviolable. El Estado no engendra el derecho, y debe reducirse á la función de procurar la seguridad social. La mecánica de la sociedad tiene sus fuerzas propias y sus leyes naturales como la mecánica del Universo. No debe perturbarse esta mecánica natural de la sociedad con arbitra-

rias reglamentaciones de los gobiernos. Las leyes naturales consagran y las leyes arbitrarias limitan la libertad. La soberanía reside en la voluntad viva del pueblo. Aun para llevar á los hombres á la virtud es nocivo el despotismo, porque la virtud deja de serlo

desde que no es obra concienzuda del humano albedrío. La fuerza no debe ser mas que negativa de las pasiones perturbadoras. El hombre entregado á su libertad llega á conformar su vida, y la vida social á la razón eterna.